

José Belmonte Serrano

ARTURO Pérez-Reverte, desde el inicio mismo de su carrera literaria con la publicación, en 1986, de *El húsar*, siempre ha mostrado gran interés por reflejar en sus obras la ambientación histórica necesaria con la que trata de darle mayor realismo a aquello que allí se cuenta. En esa primera novela la acción se sitúa en distintos parajes de Andalucía en el año 1808. Por entonces, las tropas napoleónicas tratan de conquistar España con el consiguiente choque con quienes consideran al ejército francés como un usurpador de la soberanía nacional. Pérez-Reverte, consciente de que se mueve en un terreno más próximo a la Historia que a la ficción, incorpora al final de su obra (al menos, así sucede en su primera edición de Akal) una «Nota del autor» en la que se justifica ante los «especialistas puntillosos», pues, a buen seguro, descubrirán de inmediato «ciertas inexactitudes en la historia que acabo de referir» (p. 119). Más adelante, en esa misma «Nota» cita todas aquellas obras que se vio obligado a consultar antes de emprender su trabajo a pesar de sus «licencias», a pesar de estar plenamente autorizado, pues de una novela se trata, a añadir a su relato cuantos anacronismos le vengan en gana.

En su siguiente novela, *El maestro de esgrima*, aparecida en 1988, Pérez-Reverte continúa en esa misma línea iniciada con su obra anterior. Le sigue interesando la Historia no en sí misma, sino como telón de fondo para el desarrollo de la acción. La vida de un maestro de esgrima, cuando el oficio se encuentra ya en plena decadencia, tenía, por fuerza, que

transcurrir a mediados del siglo XIX, cuando las armas de fuego han sustituido a esas otras artes que ya sólo existen por el empeño de algunos nostálgicos que, como el protagonista de esas páginas, don Jaime Astarloa, siguen soñando con un mundo de caballeros y de damas, de hombres de palabra y de honor jamás mancillado.

La acción de *El maestro de esgrima* transcurre en Madrid durante el verano del año 1868. Sin embargo, el momento clave que desencadena el conflicto de esta novela tiene lugar, como leemos en la misma, una noche de diciembre del año 1866, «reinando en España su católica majestad doña Isabel II» (p. 15). Aunque el escritor cartagenero trata de centrarse en los hechos directamente relacionados con sus dos protagonistas, Astarloa y Adela de Otero, no pierde, sin embargo, de vista los acontecimientos históricos de la época. Así, de vez en cuando, Pérez-Reverte se detiene en su narración para proporcionarle al lector interesantes detalles en torno al devenir histórico de la España de entonces, en torno a aquellos lances políticos que habrían de cambiar la faz de todo un país, su modo de pensar y de enfrentarse al mundo. Un momento ciertamente delicado que, si bien se mira, tiene sus ingredientes de ficción:

Todo el mundo conspiraba en aquel verano de 1868. El viejo Narváez había muerto en marzo, y González Bravo se creía lo bastante fuerte como para gobernar con mano dura. En el palacio de Oriente, la reina dirigía ardientes miradas a los jóvenes oficiales de su guardia y

rezaba con fervor el rosario mientras soñaba con su ya próximo veraneo en el Norte. Otros no tenían más remedio que veranear en el exilio; la mayor parte de los personajes de relieve como Prim, Serrano, Sagasta y Ruiz Zorrilla, se hallaban en el destierro, confinados o bajo discreta vigilancia, mientras dedicaban sus esfuerzos al gran movimiento clandestino denominado La España con honra. Todos coincidían en afirmar que Isabel II tenía los días contados, y mientras el sector más templado especulaba con la abdicación de la reina en su hijo Alfonsito, los radicales acariciaban sin rebozo el sueño republicano (p. 27).

En unas pocas pinceladas, Pérez-Reverte logra que el lector comparta las inquietudes de don Jaime Astarloa y de todos aquellos personajes que viven al calor de tales acontecimientos y que no pueden desentenderse de una situación en la que no tienen más remedio que tomar parte. En eso, precisamente, radica la gran tragedia de Astarloa: quiere quedarse al margen, vivir de los recuerdos del pasado, pero, en contra de su voluntad, se convertirá en un elemento clave para el desarrollo político de España.

Tanto en *El húsar* como en *El maestro de esgrima*, Pérez-Reverte, de modo absolutamente consciente, rinde homenaje a uno de los escritores más apreciados y queridos por él: Benito Pérez Galdós. Pérez-Reverte siempre que ha tenido ocasión ha expresado su predilección por autores como Alejandro Dumas (en una de sus novelas, *El club Dumas*, se le rinde homenaje), Herman Melville, Stendhal, Sabatini, etc. Pero junto a ellos se encuentran dos novelistas españoles que también han contribuido a su formación

como lector y escritor: Clarín y Galdós. Volviendo a este último, recordemos que en la cuarta serie de sus Episodios Nacionales (*Las tormentas del 48*, *Narváez*, *Los duendes de la camarilla*, *La revolución de julio*, *O'Donnell*, *Aita Tettauen*, *Carlos IV en la Rápita*, *La vuelta al mundo en la Numancia*, *Prim* y *La de los tristes destinos*) entra de lleno en el análisis de la época isabelina, desde el mes de octubre de 1847 a la revolución de septiembre de 1868. Como indica Felipe Pedraza en su *Manual de literatura española*, «nuestro autor [Galdós] se siente atraído sobre todo por las inclinaciones populares que siempre mostró Isabel II. No deja de reconocer las graves responsabilidades que de sus errores le caben, pero intenta analizar las causas y los atenuantes» (p. 683). Galdós, con su magistral mano, en la aludida serie de sus Episodios pinta, asimismo, las corrupciones del régimen, dando cabida en estas páginas a ese ambiente de degradación moral en el que se suceden las intrigas.

Pérez-Reverte siguiendo así las huellas de uno de sus maestros literarios presta la atención necesaria a esas tertulias en donde queda reflejado ese enfrentamiento entre los partidarios de Isabel II y sus detractores. Todos y cada uno de estos contertulios dicen tener su carta secreta escondida en la manga, todos creen tener la solución definitiva de los problemas de España, de ahí que sus razonamientos no admitan componendas ni rectificaciones. La principal tertulia que aparece en las páginas de *El maestro de esgrima* tiene lugar en el madrileño café el Progreso: «Media docena de veladores de mármol desportillado, sillas centenarias, un suelo de madera que crujía bajos los pies, polvorientas cortinas y media luz» (p. 30).

En ese local se reúne Astarloa con sus amigos, en una modesta tertulia. Hasta el Progreso acude Agapito Cárceles, cura exclaustro que «cuando discutía levantaba el índice hacia lo alto como poniendo al cielo raso por testigo», y que «malvivía dando sablazos a los conocidos o escribiendo encendidas soflamas radicales en periódicos de escasa circulación bajo el seudónimo *El patriota embozado*, lo que se prestaba a frecuentes chirigotas de sus contertulios» (p. 31). Cárceles se autoproclama republicano y federalista. A través de él, al conocer su vida y su trabajo, tendremos una idea cabal del papel nada despreciable de la prensa durante aquellos años de inestabilidad y crisis. Junto a él se encuentra don Lucas Rioseco. Don Lucas, a sus sesenta años, representa a los caballeros de buena familia venidos a menos. Se definía como monárquico, católico y hombre de honor; suficientes razones para andar a la greña con Agapito Cárceles. Les acompañan Marcelino Romero, profesor de piano en un colegio de señoritas, y Antonio Carreño, funcionario de Abastos: «Romero era insignificante, tísico, sensible y melancólico (...). En cuanto a Carreño, se trataba de un individuo pelirrojo y flaco, de barba cobriza muy cuidada, semblante adusto y amigo de pocas palabras. Se daba aires de conspirador y masón, aunque no era ni lo uno ni lo otro» (32). Toda esa gama de personajes que forma parte de un microcosmos tiene su respuesta y su fiel espejo más de ese pequeño lugar en donde tratan de arreglar el mundo, cada uno con su particular solución, fulminante y eficaz, naturalmente.

Pérez-Reverte se recrea en el ambiente de las calles de Madrid. A la vista de un mapa actual podríamos seguir el itinerario

habitual de don Jaime Astarloa. El viejo maestro vive de alquiler en una casa situada en la calle de Bordadores. Desde allí se traslada habitualmente hasta el Paseo del Prado y el Jardín Botánico. Don Jaime subía, de vez en cuando, por la madrileña calle de las Huertas, «deteniéndose unos instantes ante el escaparate de una librería. Comprar libros era una de sus pasiones, pero también suponía un lujo» (p. 29). En la calle Mayor tiene Astarloa la fonda donde cada día se dirige a comer alertado por las campanas del reloj de Correos. El café el Progreso, si seguimos las indicaciones de la novela, se encontraba en las inmediaciones de la Puerta del Sol, cerca de la calle de la Montera. Ambos lugares, por su carácter céntrico serán donde los ciudadanos muestren su disconformidad con el régimen. Don Jaime, en compañía de don Marcelino Romero, pasea por la Carrera de San Jerónimo. Poco después no tiene más remedio que quitarse la chistera «al cruzarse con algún conocido ante el restaurante Lhardy y en la puerta del Ateneo» (p. 129).

El maestro de esgrima no es, sin embargo, una novela costumbrista. Parece, más bien, que Pérez-Reverte quiere rendirle así un merecido homenaje a Galdós con la presencia de determinados lugares de inconfundible sabor y raigambre. Aún así, de vez en cuando, detiene su pluma y fija su mirada en aquello que sucede en la calle, en esas notas minúsculas que conforman el ambiente, más allá de los grandes acontecimientos y las intrigas palaciegas: «El sol caía vertical, haciendo ondular las imágenes sobre el adoquinado. Un aguador pasó por la calle, voceando su refrescante mercancía. Sentada junto a las cestas de legumbres y frutas, una verdulera resoplaba a la sombra, apartando



con gesto mecánico el enjambre de moscas que revoloteaba alrededor» (p. 30). Nuestro autor se recrea mucho más cuando describe lo que sucede en el madrileño y popular Paseo del Prado:

El Paseo del Prado hervía de paseantes bajo los árboles. En los bancos de hierro forjado, soldados y criadas tejían y destejían requiebros y chirigotas mientras gozaban de los últimos rayos de sol. Algunos elegantes caballeros, acompañando a damas o en grupos de amigos, paseaban entre las fuentes de Cibeles y Neptuno, movían los bastones con afectación y se llevaban la mano a la chistera al pasar cerca el frufrú de alguna falda respetable o interesante. Por la enarenada avenida central, sombreros y sombrillas multicolores circulaban en carruajes descubiertos bajo la luz rojiza del atardecer. Un rubicundo coronel de Ingenieros, cruzado el pecho de heroica ferretería, fajín y sable, fumaba plácidamente un veguero mientras conversaba en voz baja con su ayudante, un capitán de rostro conejil que asentía con grave circunspección; era evidente que hablaban de política. Unos pasos más atrás seguía la señora coronela, a duras penas encorsetadas sus jamonas carnes bajo el vestido cuajado de encajes y lacitos, mientras la doncella, delantal y cofia, pastoreaba un rebaño de media docena de niños de ambos sexos, vestidos con puntillas y medias negras. En la glorieta de las Cuatro Fuentes, un par de lechuguinos con brillantina y raya en medio se retorcián los engomados bigotes mientras lanzaban furtivas miradas a una joven que, bajo estrecha vigilancia de su aya, leía un

tomito de doloras de Campoamor, ajena a la expectación que su pequeño y fino pie, junto a dos tentadoras pulgadas de delicado tobillo enfundado en media blanca, suscitaba en los mirones (p. 130).

Existe, en el fondo de este relato, una clara intención del autor por presentar el contraste existente entre ese mundo compuesto por quienes se hallan completamente ajenos a los acontecimientos políticos y sociales de la época (Isabel II está a punto de ceder su trono) y aquel otro repleto de debates, encendidas polémicas y enfrentamientos que tiene lugar en el reducido espacio de las tertulias y algún que otro rincón de la ciudad. De uno y otro mundo, como un cámara que se dedicara constantemente a realizar movimientos de *travelling*, participa don Jaime Astarloa, quien se erige así en la memoria muda de toda época; el observador que calla y se refugia en su propio pasado. Pero la historia está ahí. Apenas podemos renunciar a ella porque formamos parte de la misma, aunque, como el viejo maestro de esgrima, nos mostremos insensibles «a los nuevos usos de la agitada época en que vivía» (p. 23).

OBRAS CITADAS

- ARTURO PÉREZ-REVERTE: *El húsar*, Akal, Madrid, 1986.
 — *El maestro de esgrima*, Mondadori, Madrid, 1988.
 FELIPE PEDRAZA/MILAGROS RODRÍGUEZ: *Manual de literatura española. VII. Época del Realismo*, Cénlit Ediciones, Pamplona, 1983.